



Ni miedo, ni terror, ni pánico

(Publicado en ABC, 14 de julio de 2005)

Manuel Coma

En letra impresa n° 410

14 de julio de 2005

La «crisis de civilización» de la cultura árabe está, según el autor, en la raíz de las motivaciones «yihadistas». Su única meta es recuperar la hegemonía que perdieron en el siglo XIV. «Todo - asegura Coma- es acerca de poder»

«Gran Bretaña se abrasa ahora en el miedo, el terror y el pánico en sus partes septentrionales, meridionales, orientales y occidentales», decía el comunicado reivindicatorio de esa fantasmal Organización Secreta de Al Qaida en Europa, con lenguaje que parece un grotesco remedo de «El Guerrero del Antifaz», el tebeo de mi infancia.

Misión incumplida. Justo ése era el objetivo primario, como el de cualquier otro ataque terrorista. No lo han logrado. Quizá sí de rebote, a lo peor en Italia, que en la citada joya literaria aparece

expresamente amenazada junto con Dinamarca, lo cual sería un éxito no desdeñable, pero no en el corazón londinense, donde gente y Gobierno han asestado al terrorismo el más eficaz de los contragolpes, no hincar la rodilla, no plegarse, escupirle desprecio e indiferencia, continuar como si nada.

Se dice que lo que caracteriza al terrorismo de hombres bomba es que no puede ser disuadido, porque la máxima amenaza no significa nada para ellos. Y los yihadistas están siempre dispuestos al suicidio. En Madrid tampoco los hubo, pero cuando el momento llegó se volaron por lo aires.

Pues falso. Pueden ser disuadidos por denegación. Suicidarse y suicidar a otros muchos no es un fin en sí mismo. Las 72 huríes de su zafio paraíso son la recom-

pensa, no el objetivo. Si éste fracasa una vez tras otra la autovoladura pierde gracia. Si al final nada se consigue, el atractivo de la autoinmolación se desvanece. Las huríes no corren prisa, no se van. La clave: no hacer lo que pretenden que hagamos, hacer lo que pretenden que no hagamos. Quedarnos en el sitio de donde nos quieren echar, ir a donde no nos quieren recibir. No provocar, pero sí cortarles la hierba en sus pies. Miedo, terror y pánico son instrumentales. No tenerlos es magnífico; comportarnos como si no los tuviéramos, todavía mejor.

Paciencia vamos a necesitar y en cantidad, porque lo suyo va para largo. Ideas claras también. Si no entiendes al enemigo no tienes nada que hacer. De lo que se trata es de una profunda crisis de civilización. Tuvieron un arranque espléndido cuando las culturas que los rodeaban estaban sumidas en decadencia o dando sus primeros vagidos. Pero no pasaron del XIV. No es que sean puramente medievales. Aunque se lo proponga, nadie es ajeno al mundo en que nace. Son un híbrido entre edades que sabe muy bien parasitar las tecnologías del XXI para sus propósitos arcaicos.

Pero la añoranza de la arcadia no te hace arcadiano y soñar con el Califato ni te lleva a él ni te lo trae, pero nos llena a todos de sus monstruos, como con la razón dormida en la pintura de Goya. La globalización los saca del cuadro y los esparce por todas partes. Esos extraviados de la Edad Media no acaban de encontrarse en el mundo que los deslumbra, aquél que viven sin haberlo hecho, que repugnan porque, yendo contra su ser, apetecen.

El daño que les hemos hecho es mostrar su inviabilidad. El problema está en su interior. No se reconcilian consigo mismos. Lo quieren todo. Las mieles de la tentación moderna y la pureza de la imaginaria pristinidad de antaño. Y poder, ante todo poder. Eso es lo que no nos perdonan. Fueron fuertes y ahora no. No pueden admitir que han perdido su fuerza ellos solitos. Se la hemos robado. De eso se queja -y ¡con qué amargura!- el guerrero de las luengas barbas. ¿Alguien ha visto, en la copiosa literatura binladeniana, algún programa económico, una idea para sacarlos de la pobreza? Todo es acerca de poder.

Ni que decir tiene, así que digámoslo enfáticamente, que estamos hablando de una exigua minoría, mucho más diminuta que la que Franco continuamente le atribuía a sus opositores. Ciertísimo que los árabes e islámicos son las primeras y más abundantes víctimas de esos sanguinarios fanáticos salidos de su seno. Que se lo pregunten si no a iraquíes y afganos y otros muchos. Pero la crisis de civilización no atañe sólo a cuatro gatos salvajes y rabiosos. Muchos de sus síntomas son ampliamente compartidos por todos los correligionarios. El conspirativismo parece como si se hubiera convertido en una parte de su religión o una segunda naturaleza. Demasiados, demasiadas veces, demasiado sistemáticamente, nos echan la culpa de todos sus males. Y eso no es una fuente de cariño hacia nosotros, sino de torvo resentimiento. Una de sus grandes derrotas es que la calle árabe no se ha levantado por Bin Laden. Pero los que se alegran de sus hazañas son muchísimos más que el puñado de reclutas debidamente enrolosados en su ejército santo. ¿Cuántos bai-

laron en Rabat y Casablanca el 11-M? Parece que algo más que unos pocos.

Cualquier muestra de xenofobia por nuestra parte, cualquier acusación indiscriminada es abominable, conculca nuestros principios, lleva el agua a su molino. Esas reacciones se las dejamos, en todo caso, para ellos. A nosotros no nos las permitimos. Somos ellos o nosotros sólo en una pequeña medida. Como seres humanos somos la misma cosa. Creemos que el ansia de libertad y el valor de la democracia son universales porque consideramos a todos los hombres iguales por encima y debajo de su costra civili-

zacional. Pero ésta no es intocable si sofoca aquellas ansias y oculta aquellos valores.

Lo único que verdaderamente importa es que se proclaman nuestros implacables enemigos. Por su libérrima voluntad. De nada vale que les imploremos las tiernas miradas a las que nuestro desleído multiculturalismo nos hace acreedores. Que les digamos que de cruzados nada. A quien elegimos es a nuestros amigos, pero a los enemigos no nos los dejan escoger. Sólo nos resta saber qué se hace con los enemigos implacables.